

Universidad y sociedad: relación conflictiva e imprescindible

DR. GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Nota originalmente publicada en *Petrotecnia*, febrero de 2003, pp. 59-61.

La relación de la universidad con la sociedad es sumamente compleja y hoy los determinantes económicos del mercado impulsan con vigor esas tendencias. Si los jóvenes no adquieren experiencia en el análisis crítico, en la percepción de lo que hoy sucede —experiencia que parecería poder dar sólo una universidad que sea tal y no la suerte de academia profesional en que se está convirtiendo entre nosotros— corremos el riesgo de perder nuestras reservas de capacidad y calidad humanas, esenciales para el análisis crítico de la realidad. Por eso, deberíamos analizar la posibilidad de que la universidad no sólo deba adaptarse a la sociedad, “responder a la demanda”, como se exige crecientemente, sino que esa realidad preste más atención a lo que se piensa en la universidad.

TAL VEZ una de las características que mejor define la situación de la universidad actual sea el intento de incorporarla de manera acelerada a la lógica empresarial y comercial que hoy domina todas las esferas del quehacer humano. Se instala con fuerza avasalladora la idea de que, para justificar su existencia, la universidad debe exhibir resultados mensurables y comercializables. De allí que se apliquen a la institución y a sus “productos”, los

mismos criterios con los que se juzga la productividad y la eficiencia de las empresas que comercializan bienes, en este caso la educación. Esta lógica empresarial ha conquistado de manera acelerada un territorio que, hasta no hace mucho, estaba ligado a valores culturales y académicos y no a los puramente materiales y comerciales. Parecería que no se advierte que resulta imposible aplicar la lógica de las empresas a un “producto” tan difícil de

definir como “un estudiante educado” o un “conocimiento significativo”. Por eso, cometeríamos un grave error si, como resultado de esas influencias, terminaríamos transformando nuestras instituciones de educación superior en espejo de lo que reclama el mercado, dedicadas a formar sin discutir lo que buscan las empresas o quién utilizará el servicio de la universidad.

El análisis de cualquier aspecto de la actividad universitaria actual, descubre este tránsito acelerado hacia la comercialización. Por ejemplo, al disminuir el apoyo de los Estados, las universidades se ven forzadas y, más aún, estimuladas a buscar el del mercado. Eso las lleva a intentar “venderse” de una manera atractiva para las corporaciones, insistiendo en la “relevancia económica” que tiene la tarea que en ellas se lleva a cabo. Con frecuencia se termina realizando actividades o investigaciones que son importantes para esos negocios y, no pocas veces, se les otorga derechos prioritarios sobre las eventuales patentes que resultan de esas investigaciones. Desesperadas por conseguir fondos, las universidades estructuran carreras y cursos pensando en satisfacer las “necesidades de la empresa”. De este modo terminan imponiéndose los criterios de la gestión empresarial por

sobre las actividades propias de la universidad.

La amenaza externa a la universidad está representada hoy por ese impulso a cosificarse, la tentación de convertirse en parte del mundo de las cosas, renunciando a su misión de cultivar el pensamiento sobre el que se funda la praxis. Signos de ese peligro son las características actuales de la formación, la especialización precoz, el desinterés por todo aquello que no sea considerado económicamente útil, la búsqueda desesperada de apoyo económico para... seguir buscando apoyo económico. Nos asedian los valores que prevalecen en el conjunto social. Enfrentamos el grave peligro de mimetizarnos con ellos.

Hoy estamos en deuda con nuestra gente joven porque les brindamos un panorama excesivamente limitado de la realidad, tal vez no de la concreta, pero sí de la realidad histórica y cultural de la humanidad. Les estamos privando del capital que se ha acumulado a lo largo de la historia al embarcarlos en una formación excesivamente unidimensional como la que caracteriza a las distintas disciplinas. Además, lo hacemos con quienes se ven obligados a tomar una decisión vocacional a edades muy tempranas y desprovistos de los elementos para hacerlo.

En síntesis, creo que aunque el problema de la relación de la universidad con la sociedad sea sumamente complejo, hay que resistirse a las tendencias que ganan hoy espacio impulsadas con vigor por los determinantes económicos del mercado. Es preciso refutar la idea de que la universidad tiene que ser una parte más de ese mercado y que su único destino es aceptar dócilmente sus valores. No sólo estrecharemos la concepción que del mundo se forman los jóvenes sino que nos quedaremos sin ámbito para analizar críticamente la situación de ese mundo. Si los jóvenes no adquieren experiencia en el análisis crítico, en la percepción de lo que hoy sucede — experiencia que parecería poder dar sólo una universidad que sea tal y no la suerte de academia profesional en que se está convirtiendo entre nosotros— corremos el riesgo de perder nuestras reservas de capacidad y calidad humanas, esenciales para el análisis crítico de la realidad. Por eso, deberíamos analizar la posibilidad de que la universidad no sólo deba adaptarse a la sociedad, “responder a la demanda”, como se exige crecientemente, sino que esa realidad preste más atención a lo que se piensa en la universidad. Para ello, es importante que ésta continúe siendo el

espacio del pensar, donde se privilegien las ideas y su discusión, herramientas esenciales para la evolución social.

El actual desinterés por lo humano en la tarea del educar, explica que las universidades estén cambiando hasta volverse irreconocibles. Sólo si conseguimos volver a la idea de que la educación pertenece a la esfera del ser y no a la del tener, podremos revertir la tendencia actual que busca convertir a la educación superior en un sector más del mercado de bienes y servicios. Es evidente que, de continuar evolucionando en esta dirección, a las instituciones que conocíamos como universidades, de tales sólo les quedará el nombre. No está lejano el día en el que las universidades dejen de cultivar e inculcar los estándares morales e intelectuales necesarios para mantener la cohesión de nuestra sociedad así como las aptitudes imprescindibles para la creación de conocimiento y la transformación de la realidad.

Contribuiría a evitarlo el no perder de vista nuestra responsabilidad, volviendo la mirada a la misión originaria de la universidad: proporcionar a las nuevas generaciones una brújula, una visión del mundo. Aunque resulta evidente que la universidad también cumple la función de entrenar a las personas para hacer cosas concretas, debería privilegiar el

dotarlas de aquella visión. Eso se logra en el campo de las ideas, que es también muy concreto, convirtiendo a la institución en un espacio en el que se priorice la discusión, en un ámbito que acepte su manifiesto destino contracultural. Cuando querramos identificar las palancas del cambio social sobre las que puede operar la universidad, no deberemos mirar muy lejos. Bastará con volvernos hacia las aulas. El escenario de ese cambio posible está allí, es la mente de nuestros jóvenes.

Es a ellos a quienes deberemos proporcionar las herramientas intelectuales que les permitan trascender el mundo de inmediatez en el que vivimos. Nos movemos entre acontecimientos y cosas sin ser capaces de insertarlos en un contexto que les dé significado. Si alguna contribución original tal vez pueda hacer la universidad al pensamiento contemporáneo es, precisamente, la de brindar ese marco que permita la generalización así como la comprensión de la globalidad que está presente en todos los problemas que enfrenta hoy el hombre, desde él mismo hasta todo lo que le rodea.

Para conseguirlo, no deberíamos abandonar nuestro objetivo de constituirnos en el ámbito de exposición

de personas a otras personas pensando. Lo decía John Henry Newman: “Una universidad consiste, y siempre ha consistido, en la demanda y la oferta de algo que sólo ella puede satisfacer: la comunicación del conocimiento pero, sobre todo, el establecimiento de relaciones y lazos entre el maestro y quien aprende. Su principio constitutivo es esta atracción moral entre una y otra clase de personas”.

Es por eso que, tal vez, nuestras instituciones de educación superior deberían fijarse como misión la de edificar una estructura conceptual que permita a los jóvenes ver el mundo. Una función conservadora en el sentido de poder transmitir a esos jóvenes esa necesidad de contar con una orientación en ese mundo, independientemente de que la adquieran empleando herramientas modernas. Hoy nos proponemos formar personas para hacer cosas, para desempeñarse, mejor o peor, en el ámbito de lo práctico. Pero los lanzamos a la vida con escasas herramientas para comprender y analizar críticamente su realidad, tan compleja y velozmente cambiante. Con escasa capacidad de identificar sentidos, etapa imprescindible para modificar la realidad.

Además, a las empresas les debería interesar el contar con personas flexibles, dotadas de un pensamiento

complejo, provistas de conocimientos amplios —en sus mentes y no en las computadoras— que les permitan hacer asociaciones rápidas entre hechos en apariencia no relacionados. No es casual que los directivos de muchas grandes empresas sean graduados en filosofía o historia ya que esa formación les brinda la capacidad de comprender la naturaleza de los complejos cambios que se producen con gran rapidez.

Cualquier empresa se beneficiaría contando con una persona formada de acuerdo con lo que William Johnson Cory, profesor de la prestigiosa escuela británica de Eton, dijera a sus alumnos en 1861: “No están ustedes comprometidos tan sólo en adquirir conocimientos, sino, fundamentalmente, en realizar esfuerzos mentales mientras son sometidos a la crítica. Si poseen facultades normales, pueden adquirir y retener una cierta cantidad de conocimientos, y no es necesario que se lamenten por las horas que han dedicado a lo que sin duda olvidarán, porque al menos la sombra del conocimiento perdido los protegerá de muchas ilusiones. Pero ustedes asisten a una gran escuela, no tanto por el conocimiento sino para adquirir artes y hábitos: el hábito de la atención, el arte de la expresión, el arte de asumir de improviso una postura intelectual, el arte

de ingresar rápidamente en el pensamiento de otra persona, el hábito de someterse a la crítica y a la refutación, el arte de indicar asentimiento o disenso en forma medida, el hábito de prestar atención a los pequeños detalles de los que depende la exactitud, el hábito de advertir qué es posible realizar en un tiempo determinado. Van a una gran escuela para desarrollar el gusto, la discriminación, el coraje y la sobriedad mentales. Pero, por sobre todo, asisten a una gran escuela para conocerse a ustedes mismos”. El empleo de un programa de computación, la interpretación de una planilla de cálculos o de un gráfico, se aprenden con cierta facilidad. Desarrollar lo que plantea Cory como la misión de una institución educativa, lleva algo más de interés, dedicación, tiempo y esfuerzo.